



JOSÉ LAÍN ENTRALGO, TRADUCTOR DEL RUSO

Por Antonio Villanueva

Nos ocupamos en este artículo de la labor de José Laín Entralgo, hermano de don Pedro, como traductor del ruso. De él ya nos hicimos eco en entregas anteriores del *Boletín Lainiano*¹, donde estudiamos su peripecia vital y su militancia política. Ahora nos centraremos en su faceta versionadora.

1. Introducción: breve biografía de José Laín Entralgo (1910-1972)

Por repasar brevemente la trayectoria de José Laín, diremos que nació en Urrea de Gaén en 1910 (casi tres años después que Pedro, nacido en 1908). Fue abogado. Se formó políticamente en Madrid, en las Juventudes Socialistas Unificadas (J.S.U.), de las que fue fundador junto con Santiago Carrillo. Entre 1932 y 1933, firmó varias colaboraciones sobre asuntos políticos en el turolense *¡Adelante! Semanario Socialista* y en el hebdomadal zaragozano *Vida Nueva*, lo que demuestra que no perdió vinculación con su patria chica, a pesar de la aventura madrileña. En 1934 participó en la revolución de Asturias y tuvo que exiliarse en Moscú para no ser eliminado tras la ocupación militar del Principado. Después de las elecciones de febrero del 36, con la amnistía del Gobierno del Frente Popular, pudo volver a España.

En la Guerra Civil, absorbidas por el Partido Comunista las J.S.U., José Laín hizo la guerra como comisario político en varios frentes. En esos años se mostraba partidario de la lucha de clases, la educación militarista de los jóvenes y la organización de un ejército popular. Escribió *Educación premilitar de la juventud* (Valencia, Editorial Alianza Nacional de la Juventud, s. f., 16 pp.), donde defiende la obligatoriedad del servicio militar², y *¡Por un Ejército regular, disciplinado y fuerte!* (Valencia, Imprenta Leonart, 1937³), transcripción de un discurso pronunciado en la Conferencia Nacional de Juventudes, en enero de 1937. Cuando el 13 de marzo de 1938 entraron en Urrea las tropas navarras del Frente Nacional, procedentes de Belchite, al no hallar al "rojo" José Laín, por entonces en el frente de guerra, se ensañaron con su mujer, duramente represaliada. Los bienes familiares fueron incautados. Afortunadamente, la familia logró reunirse de nuevo y se marchó a Alicante primero, a Orán (Argel) después y, por último, a Odessa (Unión Soviética). En Moscú vivieron casi veinte años.

José volvió de allí, amnistiado, en una expedición a Castellón, después de largas gestiones mediadoras de Joaquín Ruiz Jiménez y de su hermano Pedro en 1957. En Madrid, fue severamente vigilado por las autoridades del Régimen durante muchos años. Para ganarse la vida tuvo que hacer traducciones

¹ Véanse Antonio Villanueva, "José Laín Entralgo, socialista aragonés", en *Rujar X. Miscelánea del Centro de Estudios Bajo Martín. Año 2009*. Zaragoza, Centro de Estudios Bajo Martín, 2010, pp. 23-37, y "Recordando a José Laín Entralgo", en *Boletín Lainiano 4* (2006), pp. XXV-XXXVIII, encartado en *Rujar VII. Miscelánea del Centro de Estudios Bajo Martín. Año 2006*. Zaragoza, Centro de Estudios Bajo Martín, 2006.

² En Madrid fue vecino del escritor Segundo Serrano Poncela, delegado de Orden Público por nombramiento de Santiago Carrillo y presunto responsable, según Ian Gibson, en *Paracuellos: cómo fue* (1983), de las matanzas de Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz en noviembre de 1936. Según confiesa Carrillo, José Laín descubrió que Serrano Poncela también había robado joyas y estuvieron por ello a punto de fusilarlo.

³ Traducido al catalán con el título de *Exèrcit Popular* (Barcelona, Editorial Joventut, 1937).

del ruso —idioma que conocía muy bien— que le encargaban editoriales como Salvat⁴. Tradujo a casi todos los clásicos rusos: Babel, Bulgakov, Bunin, Tólstoi, Dostoievski, Chejov, Gógol, Shójolov, Pushkin, Maximov y otros, en versiones divulgativas que pusieron al alcance del público a los grandes autores esteparios. Su idea era acercarnos lo más posible el alma rusa a través de sus genios.

En el aspecto familiar, la relación entre los hermanos siempre fue buena. El trece de abril de 1931, le dice Pedro Laín a Agustín Albarracín, en *Pedro Laín, historia de una utopía*, en el café María Cristina de Madrid, antes de que se hiciera oficial la proclamación de la República, los hermanos Entralgo y otros amigos, de derechas algunos, de izquierdas otros, brindaron por el advenimiento de la República. Incluso en julio de 1936, cuando se encontraron en Santander Pedro y José, sabiendo que uno iba a unirse al bando republicano y el otro al bando nacional, los hermanos se despidieron con un abrazo.

Ideológicamente fueron virando. José dejó el comunismo y su militancia política (quizá iba perdiendo la confianza del PCUS soviético a causa de su hermano falangista). Pedro se fue separando del Régimen, evolucionando hacia posiciones liberales. Nunca rompieron su fraternidad ni su aragonésimo, tanto de carácter como de sentimiento. José nunca perdió el acento maño. Pedro siempre le ayudó en sus relaciones con el mundo editorial de Madrid y Barcelona. A pesar de su discordancia ideológica, aunque pertenecían a grupos sociales diferentes, nunca se deterioró el respeto entre ellos. Quizá el amor fraterno se fraguó en el pueblo, en su Urrea natal, en los años felices de infancia y juventud.

José Laín falleció en 1972, poco antes que el dictador (Franco murió en el 75). Está enterrado en el Cementerio Civil del Este, en Madrid, donde también descansan Nicolás Salmerón, Giner de los Ríos, Pablo Iglesias, Largo Caballero, Pío Baroja, Américo Castro, Xavier Zubiri, Blas de Otero, Dolores Ibárruri, Julián Grimau, Enrique Lister... Soñó quizás, como su hermano Pedro, con una España reconciliada, convivencial, respetuosa con el otro, con el diferente, con el que piensa distinto de nosotros. Como su hermano Pedro, intentó José comprender a otros, aunque hablaran otras lenguas, y quiso hacérselo entender a nosotros también. Quizá buscó en la traducción la utopía de la comprensión y el reencuentro que su hermano también buscó con tanto afán.



**Los tres hermanos,
Concha, Pedro y José Laín Entralgo**

⁴ Según informa José Luis Melero, en *Los libros de la Guerra. Bibliografía comentada de la Guerra Civil en Aragón (1936-1949)*, Zaragoza, Rolde, 2006, en 1970, en la célebre colección "Salvat-RTVE" apareció un volumen, titulado *Cuentos rusos*, vertido al castellano por José Laín Entralgo.



2. La labor traductora de José Laín: Dostoievski, Tolstói, Gógol...

Centrándonos ya en la faceta traductora de José Laín Entralgo, he podido leer su traducción de *El jugador*, de Fedor Dostoievski, encuadrada en volumen junto con *La muerte de Ivan Ilich*, *El diablo* y *El padre Sergio*, de León Tolstói, publicada por la editorial Salvat⁵.

El jugador, originariamente titulada *Ruletenburg*, es una de las novelas más famosas de Dostoievski. La escribió en 1866, en tres semanas, alternándola con la primera parte de *Crimen y castigo*, lo que da cuenta de la capacidad creativa del escritor ruso por aquel entonces. Para mecanografiarla contrató los servicios de la taquígrafa Anna Snitkina, quien la copió entre el 4 y el 29 de octubre. En noviembre, Dostoievski se casaba con la joven.

La obra está ambientada en alguno de los balnearios alemanes al estilo de Baden-Baden, Wiesbaden, Homburg..., que en el siglo XIX solían frecuentar los rusos acomodados, lugares famosos también por sus casinos, como bien sabía Dostoievski, que dejó parte importante de su fortuna sobre el tapete. *El jugador* es, entonces, una forma de hacer borrón y cuenta nueva en un episodio funesto de su vida, marcado por el juego y una amante dilapidadora y quizá no siempre fiel. Una forma de terapia, tema éste —el de la curación por la palabra— al que don Pedro Laín dedicó varios libros. Dostoievski recurre frecuentemente a sus vivencias biográficas para escribir sus novelas. Lo hizo en *El jugador*, bajo el recuerdo de su propia ludopatía. Lo hará más adelante en *Los hermanos Karamazov*, con la imagen que dejó en su niñez un padre tiránico y alcoholizado. El autor ruso encaja en el modelo de los autores que usan la literatura como una forma de exorcismo, de liberación personal: el enfermo que indaga en su propia biografía en busca de las raíces de su penosa enfermedad.

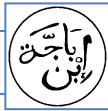
El protagonista de *El jugador*, Alexei Ivánovich, *alter ego* del escritor, es el centro de una pintura de ambientes de los rusos que viajan al extranjero. Temperamentales, manirroto, extravagantes, entre orgullosos y grotescos: el viejo general, su bella hija Polina, los fieles criados y, sobre todo, la *babulinka*, esa anciana malhumorada y vitalista a la que todos desean ver muerta para heredar su fortuna. Rodeando a los rusos, los demás personajes: *mademoiselle* Blanche la pérfida cortesana, los hoteleros alemanes, interesados y serviles, los pícaros polacos dispuestos a desplumar a cualquiera, mister Astley el inglés flemático, De Grillet el francés galante y amanerado... Lo mejor de la novela es cómo la pasión del dinero lo domina todo, de ahí que algunos personajes —la inolvidable *babulinka*, que a sus setenta y cinco años se deja varios millones en la ruleta y por supuesto el protagonista— se entreguen a la ludopatía, por el ansia de enriquecerse. Los párrafos finales, que transcribo aquí, son estremecedores: mister Astley le da diez luisas a Ivánovich y le dice que no le da más porque sabe que acabará perdiéndolo en el casino. El jugador sigue obcecado en su enfermedad sin darse cuenta de su grave estado:

• Ludopatía

"Nos abrazamos sinceramente y mister Astley se fue.

¡No, no tiene razón! Si yo me había mostrado duro y estúpido en lo referente a lo de Polina y De Grillet, él había sido duro y ligero en lo referente a los rusos. De mí no digo nada. Por lo demás... por lo demás, por ahora no se trata de esto. Todo son palabras,

⁵ Dostoievski, Fedor, *El jugador*, prólogo de Carlos Pujol, trad. de José Laín Entralgo, y Tolstói, León, *La muerte de Iván Ilich*, *El diablo*, *El padre Sergio*, prólogo de Arturo Uslar Pietri, trad. de José Laín Entralgo, Barcelona, Salvat, 1995. Col. "Grandes obras de la literatura universal", apartado "Novela rusa del s. XIX", 430 pp. Pedro Laín tenía buenas relaciones con la editorial Salvat, donde había publicado su *Historia Universal de la Medicina*, y a través suyo sin duda llegaban los encargos de traducción del ruso realizados a su hermano José.



palabras y palabras, ¡y lo que hace falta son hechos! ¡Ahora lo principal es Suiza! Mañana mismo... ¡Si fuera posible ponerme mañana mismo en camino! Regenerarse, resucitar. Hay que demostrarles... Que sepa Polina que todavía puedo ser un hombre. Lo único que hace falta... Aunque ahora, por lo demás, tarde; pero mañana... ¡Tengo un presentimiento, y no puede ser de otro modo! ¡Dispongo ahora de quince luisas y empecé con quince florines! Si empiezo con prudencia... ¿Es posible, es posible que sea una criatura? ¿Es que no comprendo yo mismo que soy un hombre perdido? Pero, ¿por qué no puedo resucitar? ¡Sí! Lo único que hace falta es, siquiera sea una vez en la vida, ser calculador y paciente, ¡eso es todo! Basta mantenerse firme una vez siquiera, y en una hora puedo cambiar todo mi destino. Lo principal es el carácter. Recordar lo que me ocurrió en este sentido hace siete meses en Ruletenburg, en vísperas de mi caída definitiva. Fue un caso espléndido de decisión. Entonces lo había perdido todo, todo... Salía del casino cuando me di cuenta de que en el bolsillo del chaleco me quedaba un florín: «Tendré para comer al menos», pensé, pero después andar cien pasos cambié de opinión y di la vuelta. Puse el florín al manque (aquella vez fue al manque), y, en verdad, se experimenta una sensación particular cuando uno está solo, en tierra extraña, lejos de parientes y amigos y sin saber qué va a comer, y apuesta el último florín, ¡lo que se dice el último! Gané, y veinte minutos después salía del casino con ciento setenta florines en el bolsillo. ¡Esto es un hecho! ¡He aquí lo que a veces puede significar el último florín! ¿Y si ahora perdiese los ánimos, si no me atreviese a decidirme?

¡Mañana, mañana terminará todo!" (pp. 214-216)

Como diría don Pedro, lo primero que necesita el enfermo para restablecerse es cumplir sus obligaciones de enfermo: darse cuenta de su malestar, dejarse aconsejar por el galeno, seguir las indicaciones facultativas... Sin eso, no hay curación posible. Alexei Ivánovich era un irredento.

3. Lev Tolstói: *La muerte de Iván Ilich*

José Laín Entralgo tradujo también varias obras de Tolstói. En el volumen que he citado anteriormente, *El jugador*, de Dovstoievski, se encuadernan también las obras de Tolstói *La muerte de Iván Ilich*, *El diablo* y *El padre Sergio*, con prólogo de Arturo Uslar Pietri y traducción de José Laín. Tolstói tuvo una inagotable sed de amor y de justicia. Consideraba al hombre víctima del mal. Y temía a la muerte, la gran injusticia que con todo acaba. Quería comprender al hombre, sentía —como don Pedro Laín— la pasión antropológica, pero de manera no científica, sino creativa. Anhelaba contar la pasión del hombre sobre la tierra rusa, su amada madre tierra. Indagaba en los conflictos del alma como nadie, la presencia del mal entre nosotros. Era contradictorio, tenía explosiones de ira y arrebatos de humildad, hacía el mal pero aspiraba al bien.

Empezaré comentando la primera de sus novelas, *La muerte de Iván Ilich*, donde se ha reducido la tragedia a sus más escuetos términos. Casi no hay otra anécdota o peripecia que el acabamiento del pobre juez de provincias, muerto entre terribles dolores, a la edad de cuarenta y cinco años. Tolstói reflexiona aquí, como don Pedro, sobre el *mysterium doloris*, el cáliz de dolor que apura el incurable; la necesidad de la esperanza, "siempre buscando a Dios entre la niebla", como diría nuestro Antonio Machado; la reflexión sobre las cosas verdaderamente importantes de la vida... Tema importante de la novela es el papel de la familia, cómo Iván Ilich se vuelve molesto para los suyos, que lo perciben como un problema, como un ser intratable, un demonio o un monstruo. Algo parecido a lo que plantea Kafka en la metamorfosis de Gregor Samsa en un horrible insecto. En definitiva, esta narración tiene muchísimo que ver con los grandes temas lainianos: el trato al enfermo, el papel del sanador, los deberes del enfermo y de su entorno familiar...



Voy a transcribir un fragmento donde el médico Leschetiski, que atiende a Ilich y es tenido por una eminencia, actúa como un vulgar positivista, lo que determina que transmita angustia al enfermo en lugar de ponerlo en el camino de la curación.

• Positivismo vs. personalismo

"El doctor decía: «Esto y esto indica que dentro de usted hay esto y esto; pero si esto no se ve confirmado por los análisis de lo otro y lo otro, entonces habrá que suponer que usted padece esto y esto, etc.» Para Iván Ilich había una sola pregunta importante: ¿Era o no era grave lo suyo? Ahora bien, el doctor no quería detenerse en una pregunta tan fuera de propósito. Desde su punto de vista, era superflua y no debía ser tomada en consideración; lo único que existía era un cálculo de probabilidades: el riñón flotante, el catarro crónico y el intestino ciego. No existía el problema de la vida de Iván Ilich, de lo que se trataba era de un conflicto entre el riñón flotante y el intestino ciego. Y este conflicto lo resolvió brillantemente el doctor, ante Iván Ilich, en favor del intestino ciego, con la reserva que el análisis de orina podía ofrecer nuevas pruebas, y entonces habría que revisar el asunto. Lo mismo, punto por punto, que Iván Ilich había realizado mil veces con los procesados y con idéntica brillantez. No menos brillante fue el resumen del doctor, quien, con la mirada triunfante y hasta alegre, contempló al «procesado» por encima de las gafas. De este resumen, Iván Ilich dedujo que su asunto presentaba mal cariz y, por mucho que dijese el doctor y todos, la cosa era grave. Esta conclusión produjo en Iván Ilich gran lástima hacia su propia persona y gran cólera hacia el doctor, que tal indiferencia mostraba en tan trascendental problema.

Pero no dijo nada de esto, sino que se levantó, puso el dinero sobre la mesa y, exhalando un suspiro, se interesó una vez más:

—Nosotros, los enfermos, les hacemos muy a menudo preguntas inoportunas. En general, ¿es peligroso lo mío?...

El doctor se le quedó mirando severamente con un ojo a través de las gafas, como si dijera: «Procesado, si no se ciñe a contestar las preguntas que se le hacen, me veré obligado a hacer que lo saquen de la sala.»

—Ya le he dicho lo que consideraba necesario y oportuno —replicó—. Lo demás nos lo indicará el análisis. E hizo una inclinación en señal de despedida.

Iván Ilich salió con paso lento, se acomodó abatido en el trineo y se dirigió a casa. Durante todo el camino no cesó de dar vueltas a lo que el doctor había dicho, tratando de traducir sus confusas y nebulosas palabras científicas al lenguaje común y leer en ellas la respuesta a la anterior pregunta: «¿Es grave, es muy grave lo mío, o no es nada todavía?» Le pareció que el sentido de cuanto el doctor había dicho era que lo suyo resultaba muy grave. En las calles todo le pareció triste. El dolor, aquel dolor sordo que no cesaba ni un solo segundo, parecía adquirir, después de las confusas palabras del doctor, un sentido distinto, más serio. Iván Ilich le prestó atención, ahora con un sentimiento nuevo y más penoso.

Al llegar a casa empezó a contar a su mujer lo sucedido. Ella le oía, pero en plena explicación entró la hija con el sombrero puesto: ambas se habían hecho el propósito de salir. Haciendo un esfuerzo, la hija se sentó a escuchar aquella lata, pero no aguantó mucho. Tampoco la madre resistió hasta el final." (pp. 262-263)

Iván Ilich vivió como un enfermo apesadumbrado, si bien al final el amor lo reconforta y es capaz, incluso, de vencer a la muerte. Un planteamiento cristiano del morir que atraería fuertemente a Pedro Laín:



• La buena muerte

"De pronto, una fuerza le empujó contra el pecho y el costado, dificultando su respiración; él cayó en el agujero y allí, en el fondo, se iluminó algo. Tuvo la misma sensación que uno tiene cuando va en un vagón de ferrocarril y piensa que avanza, cuando en realidad retrocede y, de pronto, se da cuenta de cuál es la verdadera dirección.

«Sí, todo era equivocado -se dijo-, pero no importa. Se puede, se puede hacer "lo otro". ¿Qué es "lo otro"?, se preguntó, y de pronto quedóse sosegado.

Esto era al final del tercer día, una hora antes de su muerte. En este mismo instante el hijo se acercó sigilosamente a la cama del padre. El moribundo seguía gritando y moviendo desesperadamente los brazos. Su mano tropezó con la cabeza del muchacho. Éste la cogió, se la llevó a los labios y rompió a llorar.

Coincidiendo con ello, Iván Ilich cayó en el agujero, vio la luz y se le reveló que su vida había sido una equivocación completa, pero que aún había tiempo para rectificar. Se preguntó qué era «eso» y se calmó, prestando atención. Entonces sintió que alguien besaba su mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Sintió lástima de él. Su esposa se acercó. La miró. Ella le miraba con la boca entreabierta y con lágrimas, que no preocupaba de enjugar, en la nariz y las mejillas, con una expresión desesperada. Esto le produjo pena.

«Sí, los atormento -pensó-. Me dan lástima, pero se encontrarán mejor cuando me muera.» Quiso decirlo así, mas no tuvo fuerzas para articular las palabras. Señaló con la mirada al hijo y pidió a su esposa:

—Llévatelo... Me da pena... Y tú... —quiso añadir «perdóname», pero le salió algo confuso y, sin fuerzas para aclararlo, hizo un ademán de renuncia, sabiendo que sería comprendido.

Y de pronto se le hizo claro que lo que le abandonaba y no acababa de salir, brotaba de golpe de dos sitios, de diez, de todas partes. Sentía lástima de ellos; había que hacer algo para evitar su aflicción. Para evitar los sufrimientos de ellos y de él mismo. «¡Qué bien, y qué sencillo! —pensó—. ¿Y el dolor? —se preguntó—. A ver, dolor, ¿dónde estás?» Prestó atención. «Sí, ahí está. No importa, que siga.» «¿Y la muerte? ; Dónde está la muerte?»

Buscaba, sin poderlo encontrar, su anterior y habitual miedo a la muerte. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» No sentía miedo alguno porque no había muerte.

En vez de la muerte era la luz.

—¡Ahora lo comprendo! —dijo de pronto, en voz alta—. ¡Qué alegría!

Todo esto sucedió para él en un instante, y la significación de ese instante ya no llegó a cambiar. Para los presentes la agonía se prolongó aún dos horas. Algo borboteaba en su pecho; su cuerpo, extenuado, se estremecía. Luego el barboteo y los ronquidos se fueron espaciando más y más.

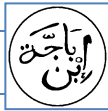
—¡Se acabó! -dijo alguien sobre él.

Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. «Se acabó la muerte —se dijo—. La muerte no existe.»

Hizo una inspiración, se detuvo a la mitad, se estiró y quedó muerto." (pp.303-305)

4. Lev Tolstói: *El padre Sergio*

La segunda novela de Tolstói traducida por José Laín Entralgo que voy a comentar se titula *El padre Sergio* y es la historia de un noble, un militar apuesto y caballeroso que, víctima de un desengaño amoroso, decide hacerse monje y llevar una vida de santidad. La novela tiene mucho de autobiografía espiritual del conde Tolstói, abocado por nacimiento a la vida ociosa y altiva de los aristócratas, pero identificado sin



embargo con sus mujiks. Como el Kasatski de su novela, Tolstói acabó viviendo en una cabaña, cerca de sus campesinos a los que educaba y ayudaba. Transcribo aquí los últimos párrafos de la historia:

• Muere el orgullo

"Cuanto menos importancia atribuía a la opinión de los hombres, tanto más sentía a Dios.

Así vivió durante ocho meses. Al noveno lo detuvieron en el albergue de una ciudad de provincias, donde pasaba la noche con otros peregrinos. Como indocumentado, lo llevaron a la comisaría. A las preguntas de qué había sido de su documentación, contestó que no la tenía, que era un siervo de Dios. Lo tomaron por vagabundo, lo juzgaron y lo deportaron a Siberia.

Allí se estableció en las tierras de un rico labrador, donde sigue en la actualidad. Trabaja en el huerto del amo, da clase a sus hijos y asiste a los enfermos." (p. 429)

5. Lev Tolstói: *El diablo*

En el libro se incluye también una traducción de José Laín de *El diablo*, novela corta de Lev Tolstói. Pero la que he manejado yo, en este caso, y a la que me remito para las citas, es una traducción en volumen independiente, también de José Laín, publicada por Círculo de Lectores⁶.

La obra versa sobre el deseo, el adulterio, el asesinato y el suicidio y fue redactada originalmente en 1889, pero publicada póstumamente tras la muerte del genio ruso, en 1911. El propio Tólstoi dice que la escribió en diez días en noviembre de 1889, pero volvió a ella en abril de 1990 para escribir un segundo desenlace distinto del original. Parece que el argumento pudo inspirarse en un suceso real: a los tres meses de casarse, un funcionario judicial mató de un disparo a una campesina con la que había tenido relaciones antes de la boda y, poco después, se suicidó. Eso, unido a vivencias autobiográficas del autor (es sabido que el conde tuvo tórridas relaciones con campesinas), forma la urdimbre de *El diablo*, una reflexión moral muy tolstoiana entre el "ser" y el "deber ser". La traducción de Laín Entralgo traslada el idioma ruso a un fluido castellano en el que podemos apreciar la fina introspección psicológica del genio de Yásnaya Polaina. Transcribo aquí un pasaje, donde el protagonista, Yevgueni Irténev, se tortura sobre qué debe hacer:

• Ella es el diablo

"No, la niña molestaría, pero hace falta que Liza no esté aquí, que se vaya. Que se entere de todo, me maldiga y se vaya. Que sepa que la he cambiado por una mujer de la aldea, que soy un embustero, un miserable. ¡No, esto es demasiado horrible! Esto no puede ser. También podría ocurrir de otro modo -seguía pensando-: que Liza se pusiera enferma y muriera. Que se muriera, y entonces todo resultaría perfecto.

»¡Perfecto! ¡Oh, eres un infame! No, si alguien tiene que morir, es ella. Si muriera ella, Stepanida, todo resultaría bien.

⁶ Tolstói, Lev: *El diablo*. Traducciones de José Laín Entralgo y Ricardo San Vicente. Prólogo de Ricardo San Vicente. Barcelona, Círculo de Lectores, 2006, col. "Galaxia Gutenberg. Satélites. Narrativa". Esta traducción reproduce la que José Laín hizo en 1995 para editorial Salvat, pero añade, como novedad, un segundo final que escribió Tolstoi para la historia, traducido del ruso por Ricardo San Vicente.



»Sí, así es como envenenan o pegan un tiro a las esposas o a las amantes. Basta tomar un revólver, llamarla y, en vez de darle un abrazo, dispararle en el pecho. Y se acabó.

»*Porque ella es el diablo. El mismo diablo. Porque se ha apoderado de mí contra mi voluntad.*

»¡Matar! Sí. Sólo hay dos salidas: matar a mi mujer o matarla a ella. Porque vivir así es imposible. Imposible. Hay que pensarlo, prever las consecuencias. Porque si se dejan las cosas como están, ¿qué pasará luego?

»Pasaré que de nuevo me diré que no quiero, que la dejaré, pero sólo lo diré; y por la noche ya me veo en su patio trasero, y ella lo sabrá y vendrá. O bien la gente lo sabrá y se lo dirán a mi mujer, o yo mismo se lo diré, porque no puedo mentirle, porque no puedo vivir así. No puedo. Se sabrá. Todos lo sabrán, tanto Parasha como el herrero. ¿Cómo es posible vivir así?

»Imposible. Sólo quedan dos salidas: matar a mi mujer o matarla a ella. O...

»Es verdad, hay una tercera: matarte tú -dijo en voz baja; y de pronto un escalofrío helado le recorrió la piel-. Eso mismo, matarte tú; entonces no tendrás que matarlas a ellas.»

Se asustó justamente porque sintió que ésa era la única salida.

«Tengo un revólver. ¿Será posible que me mate? Es algo que nunca se me había ocurrido. Qué extraño resultará.»

Regresó a su habitación y fue a abrir sin más dilación el armario donde guardaba el revólver. Pero no había tenido tiempo de abrirlo cuando apareció su mujer." (pp. 82 y 83)

La parte más interesante en el monólogo de Irténev la he destacado en el texto en cursiva y me detengo ahora a analizarla. Es curiosa la manera de pensar de Irténev, cómo llega a definir al otro como el mal, el diablo, lo eliminable o suprimible, lo que no merece vivir. Solo desde esa perspectiva se le hace posible pensar en acabar con Stepanida: no mataría así a un ser humano, sino que eliminaría la maldad, un poco de maldad al menos, en el mundo. Si comparamos lo que afirma Irténev con lo que piensa cuando cae en la idea de que también puede él suicidarse, observamos que esta manera de pensar, la de matarse a sí mismo, la considera algo extraño, algo en lo que nunca antes había pensado. Es decir, a sí mismo no es capaz de despersonalizarse, pero sí al prójimo, sí a Stepanida. A ella puede verla como a un monstruo, pero él es ante sus propios ojos un ser humano, a pesar de las barbaridades que está pensando. Esta manera de actuar está en la base de muchas tropelías y asesinatos que se cometieron en nuestra Guerra Civil y también determinó la teoría de la otridad y la proximidad de Pedro Laín Entralgo, para quien era inaceptable ver al otro como el mal, clasificarlo en esa categoría, cosificarlo para hacerlo más fácilmente suprimible. Había que intentar comprenderle, hacer suyos sus argumentos, aunque solo fuera para refutarlos y fortalecer los propios, buscar una forma convivencial viable que eliminara las violencias de la sangre hacia el rival ideológico, que no enemigo. Esta creencia pacifista y dialógica es la que está en la base de sus obras más importantes, como *Teoría y realidad del otro*, *Crear, esperar, amar*.

6. Nikolai Vasilievich Gógol: *Veladas de Dikanka*

Gógol fue uno de los autores más traducidos por José Laín Entralgo. En Alianza Editorial existe una traducción de nuestro autor que he podido consultar, recientemente reeditada: *Veladas de Dikanka*⁷, una obra con la que Gógol inició su brillante andadura literaria. Se trata de un grupo de relatos en los que se mezclan lo real y lo fantástico y se retrata el mundo rural. Las narraciones están impregnadas de la magia de las creencias populares, un mundo primario aún poblado por brujas, demonios y espíritus. A través de

⁷ Gógol, Nikolai, *Veladas de Dikanka*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, col. "El libro de bolsillo", trad. y notas de José Laín Entralgo.

la traducción de José Laín, podemos conocer la vida y creencias de un pueblo en un estado que podríamos llamar pre-científico, en el que la superstición sustituye a la verificación y a la experimentación. Es un pueblo violento y prejuicioso, cuyos pobladores claman innumerables veces contra los gitanos, los polacos, los tártaros, los católicos, los alemanes, los franceses... Es curioso observar, por ejemplo, como por culpa de los virulentos enfrentamientos entre ortodoxos (rusos y ucranianos) y católicos (polacos) cada uno ve al rival como el anticristo. Los ucranianos, además, tenían la costumbre de llamar "alemán" a todo extranjero, lo mismo fuera francés que austriaco o sueco: era un bárbaro, un alemán, un animal...

- **Contra los gitanos**

"-¿Qué te apena, Gritsko? -gritó a nuestro mozo un gitano alto y bronceado, a la vez que le daba una palmada en la espalda-. Anda, véndeme los bueyes por veinte rublos.

-No piensas más que en los bueyes. Para la gente de tu raza sólo existe el interés. Lo único que os atrae es el engañar y el gastarles una mala pasada a las gentes de bien." ("La feria de Soróchinets", V, p. 30)

- **Contra los católicos**

"El párroco era entonces el padre Afanasi, de feliz memoria. Habiendo observado que Basavriuk no iba a la iglesia ni siquiera el Domingo de Pascua, pensó en amonestarle e imponerle una penitencia. ¡En buena se metió! ¡Apenas si pudo escapar de él! «Escucha, señor -atronó como respuesta-, será preferible que arregles tus asuntos, y no te metas en los ajenos, si no quieres que tu gznate de chivo se te atragante con *kutia*⁸. ¿Qué podía hacer con aquel maldito? El padre Afanasi se limitó a declarar que todo el que mantuviese relaciones con Basavriuk sería tenido por católico, por enemigo de la Iglesia de Cristo y de todo el género humano." ("La noche de San Juan", p. 59)

"El abuelo se enfureció, olvidóse del miedo y de las garras de aquellos entre quienes se encontraba. Se puso en pie y gritó a las brujas:

-¿Qué es esto, raza de Herodes? ¿Os habéis propuesto burlaros de mí? ¡Si no me entregáis ahora mismo mi gorro de cosaco, que me vea convertido en católico⁹ si no os pongo en la nuca todos estos hocicos de cerdo!

No había terminado de decir esto cuando todos aquellos monstruos lanzaron una risotada tal que el abuelo sintió que se le helaba el alma.

-¡Sea! -chilló una de las brujas, que el abuelo tomó como la jefa de todas ellas, porque su cara parecía algo menos fea que las del resto-. ¡Te daremos el gorro, pero antes deberás jugar con nosotras tres veces al burro!" ("La carta perdida", p. 128)

- **Contra los alemanes**

"Un miope, aunque se hubiera puesto a caballo en la nariz no unas gafas, sino ruedas tan grandes como las de la carretela del comisario, no habría podido distinguir lo que era aquello. Por delante parecía un alemán: una cara afilada en constante movimiento, que

⁸ Arroz con miel. Se comía en Ucrania, en la Nochebuena.

⁹ Aquí, "convertirse en católico" se usa como un insulto.



curioseaba y husmeaba todo cuanto encontraba, terminada en un hocico redondo, como el de nuestros cerdos; sus piernas eran tan finas que, de tenerlas así, el alcalde de Yaréskovo se las habría roto en el primer baile cosaco. Por el contrario, visto por detrás, era como un funcionario provincial en uniforme de gala, porque le colgaba un rabo tan delgado y tan largo como los faldones de los uniformes que ahora se usan. Únicamente por la barbita de chivo: que le apuntaba en el mentón, por los pequeños cuernos que le sobresalían en la cabeza y porque era tan negro como un deshollinador, se podía adivinar que no se trataba de un alemán ni de un funcionario provincial, sino simplemente del diablo, que aprovechaba la última noche que le quedaba para andar por el mundo y enseñar a pecar a los hombres de bien." ("La Nochebuena", p. 143).

Hay un texto interesante en este libro de relatos, donde se presenta al héroe como un alumno aplicado. Veamos qué esperaban los maestros de los "buenos" alumnos:

• *Un alumno "perfecto"*

"Uno. Iván Fiódorovich Shponka

Hace ya cuatro años que Iván Fiódorovich Shponka solicitó el retiro y vive en su aldea de Vítrebenki. Cuando no era más que Vániusha¹⁰ estudió en la escuela de distrito de Gadiach, y hay que decir que era un muchacho modelo por su conducta y aplicación. El profesor de Gramática, Nikífor Timoféevich Deeprichastie, solía decir que si todos los alumnos fuesen tan aplicados como Sphonka, no habría necesitado en clase la regla de madera de arce con la cual, según él mismo confesaba, se cansaba de pegar en las manos de los perezosos y los traviesos. Su cuaderno se conservaba siempre, enmarcado por una bien trazada línea y sin la más leve mácula. Permanecía siempre quieto, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el maestro, y nunca pegaba papeles en la espalda del compañero sentado delante de él, no hacía cortes en el pupitre ni jugaba a los empujones antes de la llegada del maestro. Cuando alguien necesitaba tajar la pluma, recurría inmediatamente a Iván Fiódorovich, sabiendo que él siempre tenía su cortaplumas. Iván Fiódorovich, entonces simplemente Vániusha, sacaba el cortaplumas de una pequeña funda de cuero, sujeta al ojal de su levita gris, y rogaba únicamente que no raspasen la pluma con el corte de la hoja, afirmando que para ello estaba el lado romo.

Tan ejemplar conducta hizo que pronto se fijara en él hasta el mismo profesor de latín, quien con sólo su tos, antes de que apuntasen por la puerta su capote de frisa y su cara picada de viruela, infundía pavor a toda la clase." ("Iván Fiódorovich Shponka y su tía", pp. 261-262).

"Ser ejemplar" consistía en poco más que atender pasivamente a las explicaciones del profesor y hacerle "la pelota" de continuo. Todo un modelo educativo.

7. Nikolai Vasilievich Gógol: *Almas muertas*

Además de la traducción de las obras anteriormente comentadas, también he podido manejar la edición de *Aventuras de Chíchikov o Almas muertas*, de Nikolai Vasilievich Gógol (1809-1852), quizás su obra más importante, o al menos la más relevante para la literatura occidental, traducida y anotada por José Laín Entralgo, con una introducción de José María Valverde (Barcelona, Blacklist, 2008). Blacklist pertenece al

¹⁰ Diminutivo de Iván



grupo editorial Planeta. El *copyright* de la traducción lleva fecha de 1980, pero como José Laín murió en 1972 es obvio que debió componerla antes de ese año, si bien por distintas razones vio la luz con posterioridad.

José María Valverde, en la introducción, contextualiza eficazmente la vida y obra de Gógol, padre del realismo ruso, escritor con un propósito narrativo muy claro, cual era retratar la vida de los rusos —lo real cotidiano—, sin renunciar por ello al fondo utópico y moralista, propio del reformador social. Superó en eso a su amigo Pushkin, quien en su magnífica novela *La hija del capitán* aún mantiene el tono idílico propio del romanticismo. Gógol era un regeneracionista al modo de nuestros hombres del 98. Le dolía Rusia, su amarga realidad nacional.

La dificultad de traducir *Almas muertas* estriba en mantener en la lengua de acogida ese tono narrativo tan peculiar del autor de Soróchintsi (pequeña aldea en la provincia de Poltava, Ucrania), que no renunciaba a incluir de vez en cuando voces dialectales de su tierra natal. *Almas muertas* es una suerte de "sinfonía incompleta": el propio autor, imitando al Dante, destruyó en su mayor parte el manuscrito de la segunda parte de la novela. El carácter fragmentario de esta hace, entonces, muy difícil el proceso de traslación idiomática. Además, Gógol fue hombre intenso, aunque de vida breve (murió a los 43 años). Un tanto al borde de la esquizofrenia, golpeado por sus inquietudes morales y religiosas, vivía al límite entre la realidad y el deseo, entre la epilepsia dostoievskiana y la crisis profunda a lo Tolstoi. Todo ello, trasparenteado en su obra, vuelve compleja la tarea del traductor, para quien resulta imprescindible mantener el sentido coral del relato, la descripción precisa de los personajes (que a veces deben parecer figuras de cartón, muñecos de trapo, más que personas). El tono pícaro de un narrador que presenta ante el lector una galería de retratos satíricos al modo del *Lazarillo de Tormes*, pero que, sumergido en una crisis personal fortísima, no quiere criticar a sus compatriotas, sino salvarlos a través de una visión atroz de sus propias miserias.

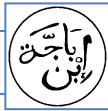
Como podrá entenderse, el reto que tenía ante sí José Laín al aceptar el encargo de la traducción no era baladí. Pues bien: el urreano sale con bien del intento. Nos devuelve una obra escrita en un pulido castellano que fluye con fuerza, que transmite con claridad los sentimientos del autor, sus propósitos, las pasiones que mueven a los personajes. Voy a transcribir algunos fragmentos de la traducción de José Laín para que el lector perciba cuanto estoy diciendo.

El primero corresponde a la página 203 y describe una recepción a la que asiste Chíchikov, el protagonista del relato. El ambiente es extraordinario. Todos beben y hablan, bailan y ríen sin parar. Y cantan una canción popular: "¡Eh, tú, mujik de Kamarin!".

"Después del champaña le tocó la vez al vino de Hungría, que infundió todavía más ánimos y alegría a los reunidos. El *whist*¹¹ había sido olvidado por completo. Discutían, alborotaban y hablaban de todo: de política y hasta del arte de la guerra, exponiendo ideas tan atrevidas que en otra ocasión habrían valido una azotaina a sus hijos si éstos se atrevían a exponerlas. Resolvieron una infinidad de cuestiones de lo más enrevesado.

Chíchikov no se había sentido nunca tan alegre. Veíase ya como un verdadero terrateniente de la provincia de Jersón, hablaba de los diferentes perfeccionamientos que implantaría en su hacienda, como la rotación de cultivos, y de la dicha y bienaventuranza de dos almas, y comenzó a recitar a Sobakévich la carta en verso de Werther a Carlota, a lo que Sobakévich, sentado en su butaca, se limitó a contestar con un parpadeo, pues después del esturión se sentía dominado por una gran modorra. Chíchikov se dio cuenta de que sus expansiones habían ido demasiado lejos, pidió un coche y aceptó el ofrecimiento del fiscal, que ponía a su disposición su tálburi."

¹¹ *whist*: juego de azar célebre en la época.



Como se podrá observar, el ambiente realista está extraordinariamente bien conseguido y mantenido en la traducción.

En este otro fragmento, pp. 215-216, que transcribo a continuación, Gógol hace una burla feroz del Romanticismo. Su protagonista, Chíchikov, se ha convertido en el personaje de moda que hace suspirar el corazón sensible de las damas:

• *À la mode*

"Una dama acudió a misa con un miriñaque tan enorme que ocupaba media iglesia, hasta el punto que el comisario de policía, que se hallaba presente, dispuso que la gente se hiciera atrás, es decir, hacia el atrio, para no chafar el atavío de tan distinguida señora. El propio Chíchikov no pudo por menos de darse cuenta del extraordinario interés que despertaba. Cierta vez, al regresar a la fonda, encontró una carta sobre la mesa. No se pudo averiguar de dónde procedía ni quién la había llevado; el mozo de la fonda explicó que quien la llevó había dicho que no quería que se supiera su nombre.

La carta empezaba con una afirmación muy categórica: «¡Debo escribirte!» Luego decía que entre sus almas existía una misteriosa afinidad; esta verdad se veía respaldada por unos cuantos puntos, que ocupaban casi medio renglón. Seguidamente venían unas reflexiones, tan notables como justas, que consideramos necesario exponerlas: «¿Qué es nuestra vida? Un valle donde encuentra cobijo el dolor. ¿Qué es el mundo? Una muchedumbre de personas que no sienten». La autora de la carta recordaba a continuación que mojaba con lágrimas las líneas escritas por su amante madre, que había abandonado este mundo hacía veinticinco años. Chíchikov era invitado a retirarse al desierto, a dejar para siempre la ciudad, donde la gente vive entre sofocantes vallas que no dejan pasar el aire. El final de la carta era de una tremenda desesperación y concluía con los versos siguientes:

*Te mostrarán dos tórtolas
mis cenizas heladas,
y con lánguido arrullo te dirán:
Ella murió bañada en lágrimas.*

Aunque el último verso estaba mal medido, eso no tenía importancia. La carta se ajustaba al espíritu de su tiempo. No había en ella firma alguna: ni nombre, ni apellido, ni siquiera mes ni fecha. En el *post scriptum* se añadía únicamente que su propio corazón tenía que adivinar quién era la autora y que en el baile del gobernador, que iba a celebrarse al día siguiente, estaría el original."

En este nuevo fragmento que ahora copio, pp. 299 y 300, es el narrador, omnisciente, quien irrumpe en el relato lleno de amor a la madre Rusia. Gógol parece aquí un noventaochista clamando por la regeneración de la patria:

• *Madre Rusia*

"¡Rusia! ¡Rusia! Te veo, te veo desde este portento que es mi maravillosa lejanía¹². Te veo pobre, dispersa, poco acogedora. No alegran ni asustan a la mirada los atrevidos prodigios

¹² José Laín no es solo un magnífico traductor, sino también un buen anotador: si el texto requiere una explicación útil al lector, él la añade. En este caso, Laín precisa: "Cuando Gógol escribió estas líneas se encontraba en Italia."



de la Naturaleza, coronados por los atrevidos prodigios del arte, las ciudades con sus altos palacios de infinitas ventanas que se yerguen sobre enormes rocas, los pintorescos árboles y las yedras que trepan por las casas entre el estruendo de las cascadas cubiertas de un eterno polvo de agua. No se levanta la cabeza para contemplar los peñascos que se levantan sin fin sobre ella. No deslumbra la luz a través de los oscuros arcos tendidos uno sobre otro, cubiertos por los sarmientos, la yedra y los incontables millones de rosas silvestres; no brillan a través de ellos, a lo lejos, las eternas líneas de las montañas resplandecientes, que suben hacia el diáfano cielo de plata.

En ti todo es abierto, solitario y llano. Como puntos, como signos, sin que nada atraiga en ellas entre las llanuras, aparecen chatas ciudades; nada hay que seduzca ni cautive la vista. Y sin embargo, ¿qué fuerza inefable y misteriosa atrae hacia ti? ¿Por qué mis oídos oyen incansablemente, por qué resuena en ellos tu triste canción que cruza de mar a mar, a todo lo largo y lo ancho de tus extensiones? ¿Qué hay en ella, en esa canción, que llama, y solloza, y oprime el corazón? ¿Qué sonidos son éstos que acarician dolorosamente, tratan de penetrar en mi alma y se enroscan en mi corazón? ¡Oh, Rusia! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué vínculo inescrutable me une a ti? ¿Por qué me miras así y por qué todo cuanto hay en ti vuelve hacia mí sus ojos plenos de esperanza?...

Y todavía más: permanezco perplejo, inmóvil, y ya se cierne sobre mi cabeza el pesado nubarrón que amenaza lluvia, y enmudezco ante tus grandes espacios. ¿Qué auguran esos espacios sin fin? ¿Es ahí, en ti misma, donde se gestará la idea infinita cuando tú misma no tienes fin? ¿Cómo no vamos a encontrar en ella al *bogatir*, siendo así que tiene ancho campo para desenvolverse? Me envuelven amenazadoramente tus enormes espacios y con fuerza terrible halla reflejo en lo hondo de mi alma. Con un poder sobrenatural hace luz en mis ojos. ¡Oh! ¡Qué lejanía tan esplendente y portentosa, que en ningún otro sitio conoce la tierra! ¡Rusia!..."

Como puede comprobarse, el texto traducido conserva la hermosura del original.

Al narrador realista decimonónico le gustaba interrumpir su relato para expresar sus opiniones de manera apasionada, como estas palabras sobre el camino (pp. 301-303) que, sin duda, habrían interesado a don Pedro, estudioso del *homo viator*:

• *El camino de la vida*

"¿Qué cosa atrayente y portentosa hay en la palabra camino? La misma palabra nos llama, nos lleva. ¡Y qué maravilloso es el propio camino! Un día claro, las hojas otoñales, el aire frío... Bien envueltos en el capote de viaje, el gorro tapándonos las orejas, nos acurrucamos en un rincón. El último escalofrío recorre nuestros miembros y ya nos invade un agradable calorillo. Los caballos avanzan al galope... ¡Qué tentadoramente se asoma la modorra y se entornan los ojos! Entre sueños se oye la canción «No son blancas las nieves», el resoplar de los caballos y el ruido de las ruedas, y ya ronca uno, arrinconado a su compañero de viaje. Al despertarse, ve que han quedado atrás cinco estaciones de posta. La luna, una ciudad desconocida, iglesias con viejas cúpulas de madera y agujas ennegrecidas, oscuras casas de troncos y blancas casas de mampostería.

La luna ilumina aquí y allá. Es como si blancos pañuelos hubieran sido extendidos en las paredes, por la calzada y por las calles. Sombras negras como el carbón atraviesan en bandadas esos pañuelos blancos. Como un reluciente metal brillan las techumbres de madera y no se ve un alma: todos duermen. Si acaso, una luz solitaria brilla en alguna ventana: el zapatero que cose un par de botas, el panadero que trajina en su horno, ¿quién se preocupa de ellos? ¿Y la noche? ¡Oh fuerzas celestiales! ¡Qué noche hay allá arriba!



¡Qué aire, qué cielo, lejano y alto en sus insondables profundidades, que se extiende tan inabarcable, tan sonoro, tan diáfano!...

El frescor de la noche le cierra los ojos y adormece a uno, y uno pierde ya la noción de las cosas, ronca, y se revuelve enfurruñado el pobre vecino, que siente nuestro peso y al que hemos arrinconado.

Al despertarnos, de nuevo se extienden ante nosotros los campos y la estepa; no hay nada, todo es un desierto; todo es llano. Los postes miliarenses pasan ante nuestros ojos y apunta la aurora. En el frío firmamento, que empieza a clarear, aparece una franja de pálido oro. El viento es más fresco y cortante. Nos envolvemos mejor en el capote... ¡Qué agradable es el frío! ¡Qué portentoso es el sueño que de nuevo se apodera de nosotros! Una sacudida y de nuevo nos despertamos. El sol se encuentra en lo alto. «¡Cuidado, cuidado!», se oye una voz. Una carreta baja la empinada cuesta. Abajo hay un ancho dique, que forma un embalse ancho y claro que resplandece al sol como si fuera de cobre. Como una estrella, resplandece a un lado la cruz de la iglesia del pueblo. Los *mujiks* charlan y el estómago siente las punzadas del hambre...

¡Dios mío! ¡Qué hermoso eres en ocasiones, lejano camino! ¡Cuántas veces he recurrido a ti, como el que muere y se ahoga, y siempre me sacaste a flote y me salvaste generosamente! ¡Y cuántos proyectos maravillosos nacieron en ti, cuántos sueños poéticos y cuántas impresiones pasmosas has hecho nacer!..."

Para terminar este recorrido, aduciré dos testimonios más: uno, crítico con la labor de un maestro; el otro, elogioso. A lo largo de su vida escolar, el arribista Pável Ivánovich Chíchikov tuvo un maestro del que solo aprendió picardías. Veámoslo:

- *Un mal maestro*

"Al separarse, los ojos del progenitor no vertieron lágrimas; el muchacho recibió unas monedas de cobre para gastos y golosinas y, lo que era mucho más importante buenos consejos:

—Mira, Pavlusha¹³, estudia, no hagas tonterías ni travesuras y, sobre todo, procura agradar a tus maestros y superiores. Si agradas a los superiores, aunque no te distingas en el estudio, aunque Dios no te haya dado grandes facultades, seguirás tu camino y adelantarás a todos. No hagas amistades con los compañeros, que no te pueden enseñar nada bueno. En todo caso, sé amigo de los ricos, que son los únicos que te pueden ser útiles. No invites ni obsequies a nadie, y haz de modo que te conviden a ti. Y sobre todo, cuida y guarda cada *kopek*. El dinero es lo más seguro que hay en el mundo. El compañero o el amigo te engañarán y te harán traición cuando te encuentres en una situación difícil, pero el dinero no te hará traición en ningún momento. El dinero te permitirá adquirir y conseguir cuanto quieras.

Después de darle estos consejos, el padre se separó del hijo, volvió a casa con su caballo y no se volvieron a ver más, aunque las palabras y consejos se quedaron profundamente grabados en el alma del muchacho.

Al día siguiente, Pavlusha empezó a ir a clase. En el estudio no reveló gran capacidad; se distinguía más por la aplicación y el orden. Por el contrario demostró una gran inteligencia en otro aspecto, en el práctico. Al instante comprendió el asunto y en sus relaciones con los compañeros eran ellos los que le convidaban, sin que él les convidase nunca; es más, a veces se guardaba las golosinas que le habían dado y las vendía luego a

¹³ Pavlusha: diminutivo de Pável. Su padre se despide de él porque lo deja interno en la escuela.



los mismos que se las regalaran. Era un niño, pero ya sabía prescindir de todo. De las monedas que le dio su padre no gastó ni un *kopek*; al contrario, aquel mismo año supo aumentarlas, dando muestras de una habilidad casi extraordinaria: modeló con cera un pinzón, lo pintó y lo vendió a muy buen precio.

Luego, durante cierto tiempo, se dedicó a otras especulaciones: adquiría en el mercado algo de comer y se sentaba en clase junto a los que eran más ricos; en cuanto advertía que al compañero se le empezaba a abrir la boca —fiel indicio de que sentía hambre—, sacaba del pupitre como sin darse cuenta un trozo de rosquilla o de bollo, lo mostraba al compañero y le cobraba según fuera el apetito de éste. Durante dos meses se dedicó en casa a domesticar un ratón, que guardaba en una pequeña jaula de madera, hasta conseguir que obedeciera cuando le mandaba ponerse sobre las patas traseras, echarse y levantarse, y también lo vendió después a muy buen precio. Una vez que hubo reunido cinco rublos, los cosió en una bolsita y empezó a guardar los ahorros en otra.

Con relación a los superiores todavía fue más inteligente. Nadie sabía permanecer tan quieto en el banco. Hay que señalar que el maestro sentía gran debilidad por el silencio y la buena conducta; a los chicos inteligentes y agudos no podía aguantarlos, pues le parecía que se tenían que reír de él. Bastaba que uno se ganase una observación, motivada por su fama de ingenioso, o que alguien moviese sin darse cuenta la ceja para que se volcase sobre él la ira del maestro. Lo echaba de clase y lo castigaba sin compasión.

—¡Te voy a sacar de tu cuerpo el orgullo y el espíritu de rebeldía! —solía decir—. Te conozco muy bien, mejor que te puedes conocer tú mismo. ¡Te voy a poner de rodillas! ¡Verás el hambre que te hago pasar!

Y el pobre chico, sin saber el motivo, se lastimaba las rodillas y pasaba sin comer días enteros.

—¿La capacidad y la inteligencia? Todo eso es un absurdo —decía el maestro—. Lo único que me importa es el comportamiento. Pondré las mejores calificaciones en todas las asignaturas a quien se porte ejemplarmente, aunque no sepa ni palabra. Y al que sea revoltoso y amigo de burlas, le pondré un cero aunque sepa más que Solón.

Así decía el maestro, que odiaba a muerte a Krikov¹⁴ por aquello que había dicho de que «No me importa que bebas si eres inteligente». La complacencia le rebotaba en la cara y en los ojos cuando contaba que en la escuela donde antes estuvo era tal el silencio que se oía el vuelo de una mosca; que ni un solo alumno tosía ni se sonaba en clase en todo el año y que hasta el momento en que tocaba la campanilla era imposible saber si allí había alguien o no.

Chíchikov comprendió al momento el espíritu del superior y cuál debía ser el comportamiento. No pestañeaba siquiera durante las horas de clase por mucho que le pellizcasen por detrás sus compañeros; en cuanto sonaba la campanilla, se lanzaba a entregarle al maestro el tricornio (pues el maestro usaba tricornio); una vez se lo había entregado, salía el primero del aula y trataba de pasar por delante de él tres veces por lo menos, y siempre se descubría. Esto tuvo un éxito extraordinario.

Mientras estuvo en la escuela fue muy bien considerado, y al terminar los estudios recibió las mejores calificaciones en todas las asignaturas, diploma y un libro con dedicatoria en letras doradas: *A la ejemplar aplicación y buen comportamiento*. Era entonces un joven de bastante buen ver cuya barba pedía ya la navaja. Por ese tiempo murió su padre. La herencia consistió en cuatro camisetas muy usadas, dos levitas viejas forradas de piel de cordero, y una cantidad insignificante en metálico. Por lo visto, el padre entendía sólo en el arte de dar consejos acerca del ahorro, pues lo que él había ahorrado era bien poco. Chíchikov vendió inmediatamente por mil rublos la media derruida casucha y sus escasas

¹⁴ Iván Andréievich Krikov (1769-1844), gran fabulista ruso. [Nota del traductor]

tierras, y la familia de siervos la llevó a la ciudad, con el propósito de instalarse en ella y de colocarse en una oficina pública.

Por aquel mismo tiempo expulsaron de la escuela, por cualquier tontería o por una razón de peso, al pobre maestro enamorado del silencio y de la ejemplar conducta. La desgracia le aficionó a la bebida y bebió hasta que se le acabaron los recursos. Enfermo, sin un pedazo de pan ni nadie que le socorriera, vivía abandonado en un frío tabuco. Sus antiguos alumnos, los listos y agudos, aquellos en los que siempre creyó ver orgullo y espíritu de rebeldía, apenas supieron su miserable situación reunieron algún dinero, que le entregaron, aunque para ello tuvieran que vender cosas que ellos mismos necesitaban. El único que se negó a contribuir fue Pavlusha Chíchikov, alegando la falta de recursos, y únicamente dio una moneda de cinco *kopeks*, que sus compañeros le tiraron a la cara diciendo: «¡Eres un tacaño!»

El pobre maestro se tapó la cara con las manos al enterarse del proceder de sus antiguos alumnos. Las lágrimas fluyeron abundantemente de sus apagados ojos, como si fuese un indefenso niño.

—Dios me hace llorar en mi lecho de muerte —dijo con voz débil, y suspiró profundamente al escuchar cuál había sido el comportamiento de Chíchikov, añadiendo—: ¡Ay, Pávlusha! ¡Cómo cambian las personas! ¡Con lo bueno que era! ¡Era dócil, suave como la seda! Me ha engañado, cómo me ha engañado..." (pp. 307-310)

La educación de Chíchikov contrasta con la de Andrei Ivánovich Tentéchnikov, quien con poco más de doce años tuvo un maestro muy, muy especial:

• *El buen maestro*

"...ingresó en un centro de enseñanza regentado en aquel entonces por un hombre extraordinario, ídolo de los jóvenes, pasmo de los educadores, el incomparable Alexandr Petróvich tenía el don de captar la naturaleza humana¹⁵. ¡Cómo conocía las cualidades del ruso! ¡Cómo conocía a los niños! ¡Cómo sabía estimularlos! No había ni uno solo de aquellos enredadores que después de cometer una de sus travesuras no acudiese por su propia iniciativa a confesar su culpa. Y todavía más, después de recibir una severa reprimenda, no salía con la cabeza baja, sino bien alta. Había en sus palabras algo alentador, algo que parecía decir:

—¡Adelante! Si te has caído, ponte en pie en seguida.

No hablaba para nada de la necesidad de observar un buen comportamiento. De ordinario decía:

—Lo único que yo exijo es inteligencia. Quien aspira a ser inteligente no tiene tiempo para hacer travesuras. La travesura debe desaparecer por sí misma.

Y en efecto, las travesuras desaparecían por sí mismas. El que no trataba de ser mejor, incurría en el desprecio de sus compañeros. Los torpes y los tontos debían soportar los remoqueos más ofensivos de los más pequeños y no se atrevían a ponerles la mano encima.

—Esto es demasiado —decían muchos—. Los inteligentes se volverán muy engreídos.

—No, no es demasiado —replicaba él—; a los incapaces no los retengo mucho tiempo, les basta con un curso, mientras que los inteligentes estudian un curso más.

Y así era, todos los alumnos capaces seguían ese curso complementario. No se oponía a muchas travesuras, viendo en ellas el comienzo del desarrollo de sus cualidades

¹⁵ Aquí siguen en el manuscrito de Gógol unas palabras ininteligibles [Nota del traductor]



espirituales. Le eran necesarias, decía, como las erupciones al médico, para conocer a ciencia cierta el interior del individuo.

¡Cómo lo querían todos los muchachos! No, jamás manifiestan dos niños tanta afición hacia sus padres. No, ni siquiera en los años locos de los locos afectos se siente una pasión tan fuerte e inextinguible como el amor que sentían hacia él. Y el discípulo reconocido hasta los últimos días de su vida, al levantar la copa el día del cumpleaños de su incomparable educador, el cual yacía ya largo tiempo en la tumba, dejaba correr las lágrimas de sus ojos cerrados.

La menor muestra de aprobación les hacía temblar y se estremecían de alegría con el ambicioso deseo de sobrepasar a todos. A los poco capaces no los retenía mucho y habían de conformarse con un curso abreviado. Pero los capaces tenían que estudiar un programa doble. Y la última clase, que quedaba reservada para los elegidos, no se parecía en absoluto a lo que era común en otros establecimientos de enseñanza. Únicamente en ella exigía a los alumnos lo que ahora se exige con insensato criterio a los niños: la inteligencia superior que no se ríe de los demás y sabe soportar todo género de burlas, mostrar indulgencia con el imbécil y no irritarse, no perder la paciencia, no vengarse en ningún caso y conservar la altiva serenidad de un alma impasible. Recurría a todo cuanto es capaz de modelar al hombre de firme carácter y hacía con sus alumnos continuas experiencias. ¡Oh, cómo conocía la ciencia de la vida!

En su escuela tenía pocos profesores, y él mismo explicaba la mayor parte de las asignaturas. Sin términos pedantescos ni enfáticas concepciones, sabía exponer la esencia misma de los conocimientos de tal modo que hasta el más joven de los discípulos se daba cuenta de su necesidad. Del cúmulo de conocimientos únicamente enseñaba aquellos que contribuyen a convertir al hombre en ciudadano del país que le vio nacer. La mayor parte de sus lecciones consistían en una explicación de lo que aguardaba a los jóvenes y sabía presentar las cosas de tal modo que el muchacho, sentado en el pupitre, vivía ya con toda el alma su vida al servicio de la patria.

No ocultaba nada: presentaba ante los alumnos, en toda su desnudez, la totalidad de los contratiempos y obstáculos que se encontrarían en su camino, las tentaciones y seducciones que les esperaban, sin callar nada. Lo sabía todo, como si él hubiera pasado por todos los cargos y empleos. Sea porque la ambición se desarrollaba ya intensamente en los alumnos, sea porque en los ojos mismos del incomparable preceptor había algo que decía a los jóvenes ¡*Adelante!*—palabra tan familiar al ruso, que produce tantos milagros en su insensible espíritu—, pero desde el principio mismo el joven buscaba únicamente las dificultades ardiendo en deseos de actuar allí donde era difícil, donde mayores eran los obstáculos, donde era preciso mostrar una gran fuerza de ánimo.

No eran muchos los que cursaban estos estudios, pero todos salían verdaderamente fogueados. Buscaban los puestos más difíciles, mientras que otros, aun los mejor dotados, perdían la paciencia, lo abandonaban todo al verse ante contrariedades personales, o bien perdían la cabeza y, dominados por la apatía y la indolencia, se abandonaban y caían en las manos de prevaricadores y pillos. Ellos, en cambio, se mantenían firmes y, conociendo como conocían la vida y al ser humano, instruidos por la sabiduría, ejercían poderosa influencia hasta sobre los malos.

El corazón ardoroso de los ambiciosos muchachos latía largamente ante la idea de que, por fin, llegarían a esa clase. ¿Qué otro preceptor podía haber que más influyese en nuestro Tentétnikov? Pero en el momento mismo en que pasaba al curso de los elegidos — cosa que con tanto anhelo deseaba— el extraordinario maestro murió de muerte repentina. ¡Oh, qué golpe significó esto para él! ¡Qué terrible pérdida, la primera que conocía!

Todo cambió en el colegio. Un tal Fiódor Ivánovich sucedió a Alexandr Petróvich. Inmediatamente instituyó cierto reglamento y empezó a pedir a los niños lo que únicamente se puede exigir a los adultos. La desenvoltura con que exteriormente se movían le



pareció una muestra de desenfreno. Y como si quisiera llevar la contraria a su predecesor, anunció ya el primer día que para él la inteligencia y los éxitos en los estudios no representaban nada, y que él se fijaría sólo en la buena conducta." (pp. 348-351).

8. Conclusión: la tarea traductora de José Laín. Su influencia en el pensamiento antropológico de Pedro Laín

En fin, hemos intentado dar cuenta del buen hacer de José Laín Entralgo como traductor del ruso. Una lengua que conocía y a la que se acostumbró en su largo exilio soviético. Seguramente si las circunstancias españolas hubieran sido de otra manera, José Laín podría haber jugado, como hombre de cultura, un papel más activo que el que finalmente desempeñó en la España de Franco. Sus cualidades políticas, humanas e intelectuales, así nos permiten imaginarlo. Está por estudiar la huella que dejó su trabajo en su hermano Pedro, pues es evidente que éste lo seguía, leía sus traducciones, incluso las promovía gracias a sus contactos editoriales. ¿Acaso no hay en don Pedro esa intensa necesidad de amor y justicia que encontramos en Tolstoi?, ¿es que no indaga Laín en la situación biográfica, personalista, del enfermo? ¿Es que no se preocupó, como Gógol, por las condiciones para un magisterio eficaz o por la necesaria regeneración de la patria? No cabe pensar que la magnífica descripción psicológica de los maestros rusos, su capacidad sociodescriptiva, dejase indiferente a don Pedro Laín Entralgo, similar a ellos en muchos aspectos, interesado como ellos en los grandes temas que acabamos de plantear, si bien desde una perspectiva de creación científica y no de fictividad narrativa.

Don Pedro Laín nunca fue marxista ni partidario del comunismo. Dedicó sus afanes a combatir el materialismo histórico y el positivismo científico, que le parecían teorías filosóficas y antropológicas reduccionistas. Sin embargo, la fe socialista de su hermano José, el liberalismo izquierdista de su propio padre, don José Laín Lacasa, debieron inclinarle sin duda a la tarea de comprensión. Él mismo declaró en varias ocasiones su intención de recuperar lo más granado de aquella otra España, la de los perdedores de la guerra, postergada con enseñamiento por su propio bando, la facción vencedora. Don Pedro estudió incansable, a contracorriente de lo que hacía el Régimen, a Machado, Unamuno, Ortega... Procuró tener amistades entre las gentes de la izquierda. Incluso tradujo del alemán, idioma que conocía muy bien, las cartas que Karl Marx le escribió a Pablo Iglesias¹⁶...

En cualquier caso, es evidente que los Laín, Pedro y José, como en el caso del Alexandr Petróvich de *Almas muertas* que transcribimos más arriba, fueron buenos maestros, de esos que promueven la inteligencia de sus discípulo en lugar de gritarles, al modo castrense, "¡Viva la muerte, muera la inteligencia!" Ambos hermanos dieron con su vida y obra ejemplo de convivialidad, rectitud moral e integridad. Buscaron la integración y no la segregación, cada uno desde su personal visión de la España que anhelaba. Una España a la que amaron y sanaron, a la que estudiaron y comprendieron, y en la que habían excluido el enfrentamiento fratricida.

¹⁶ De esa cuestión nos hemos ocupado en "Pablo Iglesias visto por Pedro Laín Entralgo", artículo publicado en el *Boletín Lainiano* número 4.